TOMA DEL COBRE

Félix Figueredo como jefe de la zona y con la adhesión de las fuerzas insurrectas que comandaba Jesús Pérez, actuaba en todo ese territorio que comprendía Brazo del Cauto, Manaco, Hongolosongo, Nuevo Mundo, Aserradero, Dos Palmas, Suena el Agua, Vegas del Caney, Río Frío y otras, habiendo instalado su campamento en la estancia de Toca, en la loma del Puerto del Cobre, a una legua de la villa.

Allí mantenía el contacto con la mayoría de las fincas de Moya y otras que comenzaban a tratar de salvar sus ganados, tanto es así que el español y principal propietario Francisco Moya celebró varias entrevistas con el Dr. Félix Figueredo quien le explicó los propósitos de la Revolución. Además celebró otras conferencias con los hacendados nombrados Dumvis, Daudefais, Bresud y los propietarios de las minas de nacionalidad inglesa señores Clemens y Milon.

«Esta conducta del jefe insurrecto —dice Pirala— de tan buenos resultados para atraer a los neutrales, era imitada con acierto por Gómez, quien tenía su campamento en el camino central de Bayamo, a poco menos de dos leguas del Cobre.»⁵⁶

Los propósitos de Figueredo eran tomar la villa del Cobre, a cuyo efecto llamó a Luis Marcano, que era el jefe superior, a quien puso en antecedentes de su plan.

Se preparó la ocupación del Cobre a base de lo siguiente: se presentarían las fuerzas cubanas con bandera de parlamento en el Cobre, intimando la rendición, el jefe de la plaza rechaza la rendición, pero alega si se le deja el camino libre para retirarse a Cuba (Santiago) con sus hombres, armas, etcétera.

Pactado así la toma del Cobre, el Dr. Figueredo redactó los dos oficios, uno de intimidación y el otro con la respuesta que debía dar el jefe español. Por su parte el General Marcano, ordenó que Mármol,

⁵⁶ Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo I, p. 314.

Gómez y Santiesteban marcharan hacia el Cobre para estar allí al siguiente día.

En marcha las fuerzas cubanas hacia el Cobre, se sintieron unos tiros, por lo que Félix Figueredo se adelantó a todo galope.

«Entró a escape en la población a pesar de encontrarse el puente obstruido por sacos de arena, llegó a la plaza de la iglesia cuando había cesado el fuego, y viendo allí a Marcano rodeado del párroco y de muchos oficiales del Estado Mayor de Mármol, entre ellos Rosendo Arteaga y Rodrigo Tamayo, le contaron que habían hecho su entrada con Gómez y Mármol por otro camino llamado de Cuba, que entronca con el que desciende del Puerto de Bayamo.»

Al preguntar las causas de los tiros, el General Marcano le informó, que había sido Jesús Pérez, tratando de ocupar la Hospedería.

—¿Pero no quedó convencido —pregunta el Dr. Figueredo— que presentaríamos bandera de parlamento para intimar la rendición? ¿Cómo es que no la llevaba Jesús Pérez? ¿Pues ya no se cumple lo convenido?

—Amigo Figueredo —le respondió el General Marcano— usted es nuevo en cosas de la guerra, y no entiende a esta gente; verá como dentro de una hora lo tenemos en nuestro poder.

—De lo que yo no entiendo General Marcano —le dijo el Dr. Figueredo— es de faltar cuando empeño mi palabra; ya veremos el resultado y ojalá se cumplan sus deseos.

Insistió el General Marcano en la rendición de la fuerza española, a pesar de la insistencia del doctor Figueredo que se cumpliera el pacto.

Iniciado el fuego para tomar la población, los soldados españoles reclusos en el Santuario redoblaban el ataque, cuando se observó en lo alto de la mina, que una fuerte columna española procedente de Cuba (Santiago) venía en ayuda de la fuerza del Cobre.

En esta situación los cubanos abandonaron el Cobre con 13 heridos que quedaron prisioneros.

Después de esta derrota las fuerzas insurrectas se agruparon en el potrero de la finca de Moya, allí se reunieron el General Luis Marcano, Donato del Mármol, Máximo Gómez, Jesús Pérez, Taimé Santiesteban, Rosendo Arteaga, Calixto García, Félix Figueredo, Miguel Barzaga, Pío Rosado, R. Tamayo, Leonardo Estrada y otros.

Allí congregados, como era natural, el tema de la conversación fue <el fracaso de la toma del Cobre.

Máximo Gómez, fue el primero en hacer inculpaciones aunque de carácter impersonal.

Entonces el Dr. Figueredo, relató todo el proceso del Cobre **hasta** la derrota y agregó:

—Por no haber querido dejar que saliera libremente el oficial J. González, jefe de la guarnición con sus armas, equipos y ambulancias, como estaba mutuamente convenido, desde que se trató en casa de Don Zacarías, en Río Frío y como lo corroboraba el oficial del indicado jefe González, escrito al recibir la intimación, y que probablemente tenía en su bolsillo el General Marcano o su secretario Pérez y cuyo convenio- era lo racional si se hubiera cumplido, porque entendía, sin haber hecho- estudios militares, ser de buena ley, que al suspender hostilidades entre dos jefes enemigos, se pudiera acordar esa clase de pactos, sin que causara deshonor ni para el que pedía ni para el que aceptaba, y como lo probaba bastante el adagio que tanto repetía Marcano al ver que Quirós corría desde su salida de Baire para volver a Cuba, «a enemigo que huye- puente de plata», que debía tener presente aquel día para habérselo' puesto de oro al jefe español de la plaza del Cobre y su guarnición, el señor González, que sólo podía salir con una condición muy lícita en la guerra para no manchar su hoja de servicio ni perder su honra militar.

Hizo una pausa Figueredo y ante la expectación que sus palabras producían, continuó diciendo:

—Y si se le hubiera franqueado la salida aceptando la condición propuesta para responder a la intimación verbal de que se rindiese, cuando nada había sufrido y de un modo que él no esperaba, era el dejarlo marchar mucho más natural que lo que se hizo con el Coronel Quirós, que se hallaba en peores circunstancias por la batalla del Pino y verse impelido entre ríos y montes, lleno de heridos y muertos, sin esperanza de auxilio, ni menos de salvación, si se hubiera continuado lo que empezaron Mármol y Gómez en la citada acción del Pino, y no de que se le dejó escapar menospreciando una importante victoria, de gran influencia en el enemigo, que hubiera producido la adquisición de 600 armas y un cañón de montaña para enviarlo a Holguín y además se hubiera impedido que aquellos hombres sirvieran para ir en auxilio de los del Cobre.

Nadie más quiso hablar después de Figueredo, retirándose todos los jefes a sus cuarteles, menos Santisteban que prefirió ir a Bayamo para reunirse con Carlos Manuel de Céspedes.⁵⁷

⁵⁷ Piralá, Antonio. Obra citada. Tomo I, pp. 318-319.

Después de esta acción corrió el rumor de que Félix Figueredo se había suicidado, el «Diario de la Marina» publicó la noticia haciéndola inverosímil, al agregarle que se había quitado la vida a la salida del Cobre, vestido de frac y con guantes. La propia noticia se desmentía ella misma, pues ningún jefe de la revolución cubana se vistió de frac.

Desde luego, ello fue un infundio de los tantos que se propalaban en relación con los jefes de la insurrección.

Disgregadas las fuerzas cubanas: Máximo Gómez fue a su campamento de Puerto de Bayamo, Mármol para Sabanilla, Marcano para Palma, quedando sólo el Dr. Figueredo en la loma del Cobre.

«A los tres días —dice Máximo Gómez— los españoles abandonaron el Cobre y yo lo mandé ocupar.»³

El Brigadier Figueredo recibió la orden de Gómez de tomar el Cobre y procedió a su cumplimiento inmediato, adoptando todas las medidas de prudencia, no hubiera sido un truco de los españoles abandonar aquella villa, para atacarla después. A ese efecto tomó la loma de la Cruz, a fin de estar en contacto con las fuerzas de Máximo Gómez.

Figueredo en el Cobre se hizo cargo de toda la dinamita que allí había, así como las armas, pero autorizó a los comerciantes a que mantuvieran sus tiendas abiertas y los mineros no tuvieron que suspender sus labores.

El jefe insurrecto del Cobre, recibió la visita del Cónsul británico en Santiago de Cuba y el capitán de un buque mercante inglés, a quien se le devolvió dos marineros que se habían incorporado a las fuerzas revolucionarias previo convencimiento mutuo de que debían volver a bordo. El citado capitán obsequió a las fuerzas cubanas con un cañón que llevan los buques mercantes para anunciar la entrada y salida de los puertos.

El doctor y brigadier Félix Figueredo fue designado jefe de la zona del Cobre, reclutándose en esta etapa ciudadanos para el Ejército Libertador.

Figueredo era exclusivo en su manera de ser. Las personas que se le ofrecían para incorporarse a la Revolución, sufrían un examen silencioso del jefe del Cobre. Tal el caso del abogado Arteaga y de Sagal, a quien Figueredo aceptó, pero los remitió de inmediato a Bayamo a las órdenes de Céspedes. No eran personas gratas según su parecer.

³ Gómez Máximo. «Diario de Campaña.» Instituto del Libro. La Habana, 1968, p. 6.

El brigadier Figueredo gobernaba con energía, pero era flexible. Lo único que él no aceptaba nada que fuera traición, delación o que intentaran burlar la abolición de la esclavitud.

En cierta ocasión un propietario se le presentó pretendiendo que se le dejara recoger 50 negros esclavos que tenía arrendados en 50 onzas mensuales para trabajar en una mina inglesa, y los quería llevar a Santiago de Cuba: al negarse a su solicitud le hizo ofertas que motivaron su detención, después de manifestarle que para Figueredo el primer objeto de la Revolución era que fuese un hecho la abolición de la esclavitud, por lo que no podía entregar ni permitir la salida de quienes «ya habían adquirido el derecho de libres por estar bajo el pabellón de la República de Cuba».⁵⁸

«En Santiago de Cuba y Puerto Príncipe —dice Ramiro Guerra— la aportación mensual reunida para el sostén de voluntarios movilizados, guerrillas y contraguerrillas, subió a miles de pesos, destinados a la alimentación, el vestuario y la paga de jefes y soldados. Era improcedente que a tales propietarios los insurrectos les permitieran continuar explotando las fincas de las cuales obtenían los recursos, parte importante de los cuales se aplicaba a combatir abiertamente la insurrección. En la jurisdicción de Cuba, donde el número de ingenios era grande y no pocos propietarios de los mismos residentes en Santiago, figuraban públicamente en las listas de los contribuyentes para sostener fuerzas armadas, Félix Figueredo discutió el asunto con Máximo Gómez. De acuerdo con este decidido partidario de la medida, Figueredo transmitió instrucciones a los jefes a sus órdenes.»⁵⁹

A ese efecto le dirigió un escrito para que procediera a su cumplimiento. Dicho escrito dice así:⁶⁰

«Ejército Libertador de Cuba.

Al C. Coronel Jesús Pérez.

Acabo de tener una entrevista con el ciudadano general Máximo Gómez, y éste me autoriza para ordenar a usted deje tranquilo a los hacendados franceses, y en su lugar se traslade sin demora a la Vuelta, donde están los ingenios para que destruya, por medio del incendio, las casas de vivienda y los trapiches con sus máquinas, para que de ninguna

⁵⁸ Piralá, Antonio. Obra citada. Tomo I. p. 324.

⁵⁹ Guerra, Ramiro. «Guerra de los Diez Años.» Tomo I. Cultural S. A. Habana. 1950, pp. 195-196.

⁶⁰ Piralá, Antonio. Obra citada. Tomo I, pp. 397-398.

manera puedan los dueños obtener cosechas con que pagar los voluntarios que de Cuba envían contra nosotros.

En este concepto puede usted empezar la obra, respetando los sembrados de caña y otros frutos; pero queme usted las habitaciones y los trapiches con sus máquinas, para cumplimentar, la orden del General Gómez.

Dios, Patria y Libertad.

Ramón 24 de enero de 1869.

Félix Figueredo.»

Al ser ocupada la villa del Cobre por las fuerzas cubanas al mando del Dr. Félix Figueredo, fue preso, juzgado, condenado en Consejo de Guerra y ejecutado un natural de Canarias. Dice Antonio Pirala: «Fue aquel desgraciado el único que sufrió la última pena, mientras estuvo Figueredo al frente de dicha jurisdicción y de su cabecera, y eso que se repetían las denuncias contra los cubanos y peninsulares.»⁶¹

⁶¹ Pirala, Antonio. Obra citada. Tomo I, p. 327.